

# Claruscuro N° 19 (Vol. 2) - 2020

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: [claruscuro.cedcu@gmail.com](mailto:claruscuro.cedcu@gmail.com)

---

Título: Introducción. Nuevas tendencias en Egiptología

Title: Introduction. New Trends in Egyptology

Autor(es): Juan Carlos Moreno García

Fuente: *Claruscuro*, Año 19, N° 19 (Vol. 2) - Diciembre 2020, pp. 1-8.

Publicado por: [Portal de publicaciones científicas y técnicas \(PPCT\)](#) - Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAYCIT) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

---



Claruscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educativos, públicos o privados.

# Introducción

## Nuevas tendencias en Egiptología

*Juan Carlos Moreno García\**

### Resumen

Tradicionalmente la Egiptología ha desempeñado un papel fundamental en la construcción de la moderna identidad occidental. Esto es así porque proporcionaba un vínculo prestigioso con “la cuna de la civilización” y contribuía a que los estados nación europeos interpretasen su propio devenir histórico como el resultado más perfecto y triunfante del progreso y del acceso a la modernidad, ayudando de este modo a establecer un vínculo interrumpido entre la antigüedad y el mundo contemporáneo. Sin embargo, el declive de Occidente, el creciente dinamismo de Asia oriental y el sentimiento angustioso de incertidumbre sobre el futuro implican un profundo cuestionamiento del papel cultural de las Humanidades, así como de su valor como herramientas susceptibles de construir vínculos sociales e identidades en un mundo en mutación. La Egiptología no permanece ajena a tales desafíos, de ahí que la reciente renovación de algunos de sus métodos y perspectivas de investigación también deba ir acompañada de una mayor colaboración con las ciencias sociales. Sólo de este modo podrá proporcionar enfoques comparativos estimulantes así como perspectivas históricas en profundidad acerca de las dinámicas que afectan a las sociedades humanas. Es de esperar que con tales contribuciones la Egiptología sepa encontrar definitivamente un lugar firme en la construcción de unas ciencias sociales no eurocéntricas.

**Palabras claves:** Ciencias sociales; Egiptología; humanidades; nación; progreso.

---

\*Centre national de la recherche scientifique, Francia.  
E-mail: jcmorenogarcia@hotmail.com

**Introduction. New Trends in Egyptology****Abstract**

Egyptology has played traditionally a crucial role in building modern Western identities. It provided a prestigious link with “the cradle of civilization” and helped European nation-states to regard themselves as the most accomplished and successful achievements of progress and modernity, thus tracing an interrupted lineage from antiquity until contemporary times. However, the decline of the West, the increasing dynamism of East Asia and a disturbing feeling of uncertainty about the future mean that Humanities face a deep questioning of their cultural role and of their value as tools capable to build social bounds and identities in a changing world. Egyptology is not alien to these challenges, so the recent renewal of some of its methods and perspectives of research should be followed by a greater collaboration with social sciences. Only in this way it may provide useful comparative insights as well as deep historical perspectives about the dynamics of human societies and, in doing so, find definitively a firm place in the construction of non-Eurocentric social sciences.

**Key-words:** Egyptology; Humanities; nation; progress; social sciences.

Abordar las nuevas tendencias que apuntan en la investigación sobre el Egipto antiguo significa plantear varias cuestiones relativas al futuro de una disciplina —la Egiptología— que ha cumplido ya más de dos siglos de historia. Por un lado una cuestión “optimista”, ya que cabría pensar en la vitalidad de la Egiptología para abrir nuevas perspectivas de investigación, para incorporar útiles metodológicos, técnicos y conceptuales elaborados en otros ámbitos del saber, y para colaborar de manera eficaz con otras disciplinas en la producción de conocimientos. Pero es posible que, desde este punto de vista, la Egiptología se limitase a revivir una estrategia utilizada cada vez que ha sido sometida a crítica por su excesiva insularidad, por su orgulloso conservadurismo académico o por su incapacidad para contribuir significativamente a las ciencias sociales. Es entonces cuando los egiptólogos invocan presurosos la utilización de una técnica en boga, la incorporación de conceptos fetiche ampliamente empleados en ciencias sociales (“agency”, “transversalidad”, etc.) para exhibir familiaridad con los mismos y apuntalar de este modo la legitimidad de la disciplina en un mundo y en un ámbito científico e investigador sometidos en la actualidad a profundos cambios y desafíos. Esto nos conduce a otra cuestión, “pesimista”

esta vez. Y es que la pérdida acelerada de peso de las Humanidades en la construcción de las identidades colectivas (al menos en el mundo occidental), sumada a la creciente eficacia de otras disciplinas sociales (sobre todo la economía) en la creación de sentido común, de imaginarios individuales o compartidos, vuelve urgente la justificación de saberes cada vez más autorreferenciales, ensimismados en el medio académico y con escasa capacidad para enriquecer debates esenciales en la esfera colectiva. Por desgracia, ya no es ninguna novedad la reducción de presupuestos destinados a financiar programas de Humanidades, la supresión de puestos de investigador o de profesor universitario o la eliminación de departamentos enteros en aras a la rentabilidad, a la “empleabilidad” o a la “racionalización” en el uso de recursos escasos. Al mismo tiempo, el creciente peso de criterios bibliométricos, de protocolos administrativos asfixiantes, de índices de impacto, de éxito en la obtención de fuentes alternativas de financiación, etc., implican una homogeneización de los criterios de evaluación de la “excelencia científica” a los que muchas subdisciplinas en ciencias sociales (como la Egiptología) responden con dificultad. Algo que no hace sino sembrar nuevas dudas sobre el valor social de las mismas o, al menos, sobre la justificación de prácticas y tradiciones investigadoras seguidas por tradición pero que raramente son capaces de cumplir estos criterios satisfactoriamente. En estas circunstancias, no es raro aducir argumentos endebles que apelan a la importancia de preservar ciertos saberes simplemente porque han existido desde hace mucho tiempo, porque su pérdida supondría, aparentemente, una tragedia en la producción de conocimientos socialmente significativos, o simplemente porque conllevan una marca de distinción, esto es, constituyen un lujo superfluo que proporcionaría prestigio y esplendor a las sociedades que aún los sustentan. Esto, sin embargo, parece cada vez menos necesario, incluso en sus versiones más disneylandescas donde la última justificación de las Humanidades sería proporcionar entretenimiento y alimentar una industria de exposiciones, documentales, etc., que demostraría *in extremis* una cierta rentabilidad. Pero incluso este argumento resulta insostenible ya que ignora la perspicaz observación realizada por el crítico literario Constantino Bértolo en 2011 en la revista argentina *Crisis*: “soy de la opinión de que estamos asistiendo a los comienzos del verdadero siglo de oro de una burguesía que ha logrado globalizar su lógica: “soy lo que compro, soy lo que vendo” y que ya no necesita legitimarse con instancias metafísicas o aristocráticas”.

Otra cuestión llamada a cobrar cada vez mayor relevancia es lo que investigadores como Tom Winter denominan *poder geocultural*. El

desplazamiento del centro de la economía mundial hacia Asia Oriental coincide también con la transformación de este área del mundo en el núcleo principal de innovación tecnológica (medida, por ejemplo, por el número de patentes en sectores clave). No es de extrañar que tal vitalidad económica haya impulsado la revisión de viejos modelos económicos e historiográficos donde Europa aparecía como una excepción histórica. Desde este punto de vista, la combinación de ciertos valores éticos y morales, el desarrollo de una mentalidad individualista, ansiosa en la búsqueda de beneficios, capaz de liberarse de las ataduras comunitarias, institucionales e ideológicas que entorpecían el pleno despliegue del espíritu emprendedor, habrían permitido a Europa reunir las condiciones indispensables para impulsar el paso a una economía capitalista y establecer la Gran Divergencia con respecto a las sociedades asiáticas. Esta senda privilegiada habría ido acompañada por el desarrollo de una nueva estructura epistémica (racionalidad, método científico, laicización, reflexión filosófica, etc.) que habría propiciado la eclosión de la ciencia moderna y la superioridad técnica y científica sobre la que se asentó la superioridad occidental frente al resto de las sociedades mundiales, condenadas a repetir el modelo europeo si querían acceder algún día a *la modernidad*. Sin embargo, el declive económico de Occidente y el auge de Asia Oriental ha provocado la inversión de esta visión de la historia y, al mismo tiempo, el cuestionamiento de los valores occidentales, de su pretendida universalidad y de su valor como modelo necesario a seguir para asegurar el pleno despliegue de las capacidades productivas e intelectuales humanas. Al subrayar la existencia de otras vías hacia la modernidad económica, fundadas en un fuerte intervencionismo estatal y en un considerable peso de los vínculos y jerarquías sociales, los valores occidentales y sus formas políticas (como la democracia liberal) pierden su primacía e incluso son considerados ineficaces, como queda expuesto sin ambages en la obra de pensadores políticos contemporáneos chinos como Yan Xuetong. Aún es pronto para medir el impacto que tal cambio de paradigma tendrá en el futuro de las ciencias sociales. Pero no hay que olvidar que la historia y, posteriormente, la arqueología consolidaron su posición como saberes científicos debido a dos objetivos claros. Por un lado proporcionar una nueva genealogía que justificara el extraordinario crecimiento económico de Occidente en un contexto de destrucción de solidaridades e identidades comunitarias, así como de formas de organización económica ajenas al concepto liberal de propiedad. La noción de progreso fue clave en este sentido. Por otro lado fundar una nueva identidad colectiva capaz de legitimar el nuevo orden liberal y de camuflar las diferencias de

clase, de riqueza, de religión o de origen geográfico bajo la ilusión de formar todos parte, en pie de igualdad, de un cuerpo colectivo que superase tales diferencias. El concepto de nación fue clave al respecto.

En estas condiciones, el antiguo Egipto ha desempeñado un papel crucial en la construcción de las genealogías históricas requeridas por un Occidente en expansión desde comienzos del siglo XIX. Caracterizado como el primer estado *territorial* de la historia, administrado por un aparato burocrático e institucional avanzado, el país de los faraones quedaba convertido en un útil precedente de los estados-nación en proceso de consolidación en Europa a lo largo del siglo XIX. No es de extrañar que los mayores empeños por escribir una historia de Egipto y, en general, del Próximo Oriente antiguo tuviesen lugar en Francia (Gaston Maspero) y en Alemania (Eduard Meyer), a raíz de sus particulares procesos de transformación en estados-nación tras las experiencias traumáticas de la derrota francesa ante Prusia y del episodio de la Comuna y de la transformación de un conglomerado de monarquías y estados centroeuropeos en un estado-*nación* alemán (Meyer, por ejemplo, consideraba inconcebible que pudiera existir un hombre sin estado). Por otro lado, Egipto proporcionaba un vínculo con una de las primeras “cunas de la civilización” y constituía así el primer jalón de un episodio ininterrumpido de progreso que, desde sus raíces próximo-orientales y tras atravesar la antigüedad grecorromana, alcanzaría su triunfo definitivo en las democracias parlamentarias occidentales de finales del siglo XIX y en el orden liberal que acababa de someter como colonias a una gran parte del mundo. Por último, en una Europa cuya identidad colectiva estaba aún profundamente marcada por valores cristianos, Egipto constituía el escenario de numerosas historias bíblicas, proporcionando así otro nexo crucial entre Occidente y sus fuentes espirituales, localizadas en un pasado prestigioso. De hecho, la tentación de buscar pruebas arqueológicas sobre la veracidad de los relatos bíblicos contribuyó en no poca medida al desarrollo de la Egiptología, de la Asiriología, de la Arqueología Bíblica, etc., cuando la creciente secularización de las sociedades europeas y los avances científicos amenazaban con relegar la religión cristiana a un papel cada vez más marginal.

¿Disfrutará el Egipto antiguo de la misma importancia cultural en un mundo cuyo eje se desplaza de manera irreversible hacia Asia Oriental?, ¿Qué papel tendrá la Egiptología en las Humanidades chinas o indias venideras, por poner un ejemplo? Tanto en el caso de China o la India (por no hablar de Japón, Vietnam, Indonesia, etc.), se trata de sociedades que han conocido o bien formas imperiales o bien estructuras estatales centralizadas, a menudo milenarias, y donde los vínculos familiares y sociales gozan aún de

considerable fortaleza, limitando (por ahora) la eclosión de un individualismo excluyente. También se trata de sociedades donde han coexistido diferentes grupos étnicos y creencias religiosas, de modo que sus gobernantes han tenido que manifestar una considerable flexibilidad y pragmatismo para garantizar su continuidad en el poder y la estabilidad de las entidades políticas que los sustentaban. En estas condiciones, el Egipto antiguo desempeña un papel marginal en la construcción de un imaginario colectivo, de genealogías históricas o de identidades basadas en la idea de progreso, una idea superflua por añadidura al tratarse de sociedades cuyas trayectorias históricas remontan a sus propias “cunas de la civilización” y cuyas principales manifestaciones religiosas (hinduismo, budismo, confucianismo, taoísmo) también hunden sus raíces en una antigüedad propia. De este modo, el estado, la familia, la religión y las relaciones jerárquicas siguen desempeñando un papel considerable al encuadrar a sus poblaciones y al limitar el espacio disponible para el surgimiento de individuos soberanos, que únicamente velan por sus propios intereses y cuyas relaciones con su entorno social sean puramente instrumentales (en su versión contractual o racional). En estas condiciones la idea de nación simplemente se superpone a o completa identidades que tan sólo necesitan ajustar tradiciones estatales milenarias o adoptar una pátina modernizante. De ahí que conceptos occidentales como sociedad civil (entendida como agregación de individuos soberanos y sujetos de deliberación y decisión política) o democracia liberal encuentren menor arraigo. Si, además, el desplazamiento del eje económico hacia Asia Oriental va acompañado de un proceso similar en el ámbito epistémico, cabe interrogarse sobre el futuro de la Egiptología en un mundo cuyas genealogías históricas no obedecerán sin duda a las mismas necesidades que propiciaron en Occidente la emergencia de ésta y otras disciplinas científicas. Si a ello añadimos los recortes presupuestarios en Occidente, el gradual abandono de las Humanidades, la consideración de la Egiptología o los estudios clásicos como disciplinas “raras”, etc., es de prever que su pérdida de influencia apenas sea compensada por su papel como reclamo turístico en aquellas ciudades que alberguen importantes colecciones o museos, o que se vea reducida a mero sostén de una industria del entretenimiento (documentales, viajes, medios generalistas) donde valores como la aventura y el misterio prevalezcan sobre la investigación.

Quedan así esbozados dos posibles escenarios, problemáticos ambos, para el desarrollo (si no la supervivencia) de la Egiptología, uno de ellos caracterizado por una gradual irrelevancia académica y su progresivo arrinconamiento como fuente de saberes socialmente significativos, y el

otro por una creciente disneylandización que no haría sino reforzar su carácter marginal y prescindible. Llegados a este punto me atrevo a proponer un tercer escenario, uno donde la Egiptología y, por supuesto, el “egiptólogo” desaparezcan como entes autónomos en el campo epistémico y se disuelvan en un entorno científico diferente, donde la colaboración entre ciencias sociales y ciencias “duras” sea habitual y supere las actuales divisiones entre disciplinas, incluso propiciando el nacimiento de otras nuevas, híbridas. Así, la investigación sobre el Egipto antiguo pasaría a estar definida por objetivos claros de investigación guiados por la producción de conocimientos sobre cuestiones socialmente relevantes, desde las dinámicas territoriales y productivas vigentes en el Valle del Nilo, hasta las transformaciones culturales y sociales experimentadas por los habitantes del país de los faraones. Lejos del diletantismo, de la mentalidad de anticuario o de la irrelevancia intelectual que aún impregnan buena parte de la investigación egiptológica, ensimismada en temáticas y en prácticas a menudo autorreferenciales, se trataría de reunir investigadores procedentes de diferentes especialidades y poseedores de competencias diversas para abordar temas de investigación precisos, con objetivos claros cuyos resultados puedan ser integrados y utilizados fácilmente en ciencias sociales. Para huir de los riesgos inherentes a la investigación fundada únicamente en proyectos de corta duración, se trataría de abordar temas y problemáticas de importancia general en ciencias sociales y naturales pero aplicadas simplemente a un ámbito geográfico particular, Egipto. La colaboración entre historiadores, filólogos, arqueólogos, biólogos, paleozoólogos, antropólogos, economistas, sociólogos, paleobotánicos, demógrafos, ecólogos, etc., permitiría elaborar conceptos comunes, superar fronteras disciplinares y abordar cuestiones fundamentales como el impacto humano en la transformación de ecosistemas, la huella ecológica y territorial de las actividades productivas humanas, las relaciones de poder que fijan temporalmente una determinada articulación de relaciones productivas y sociales plasmadas en una huella espacial reconocible, cuál es la relación entre diferentes actores sociales y el tipo de jerarquías, si acaso, establecidas entre ellos (y su plasmación institucional, ritual u otra), las formas de contacto a larga distancia, los procesos de innovación institucional y sus divergencias en diferentes áreas del mundo, etc. Si las necesidades de un determinado tipo de sociedad, liberal, dieron lugar al nacimiento de disciplinas específicas en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, parece lógico pensar que en una época dominada por la historia global y por la fertilización recíproca entre ciencias sociales y naturales, que lleva a menudo a desdibujar



las fronteras entre disciplinas y a superar prácticas investigadoras heredadas del pasado, surgirán nuevas disciplinas, híbridas, donde el conocimiento del Egipto antiguo debería quedar firmemente asentado en un nuevo marco de producción del saber definitivamente no eurocéntrico.

Bajo estas premisas, los ensayos reunidos en este número monográfico intentan proponer una selección de temas y aproximaciones caracterizados por su potencial para renovar temáticas de investigación, para abrir nuevas perspectivas y para contribuir al tan deseado e imprescindible diálogo interdisciplinar que marcará sin duda el futuro de los estudios sobre el Egipto antiguo. No es casualidad que la mayoría de sus autores sean jóvenes investigadores e investigadoras que han aplicado con éxito en su trabajo nuevos métodos tomados de otras ciencias, y cuya formación e intereses no encajan fácilmente en la imagen tradicional del “egiptólogo”. Habitados a dialogar y a trabajar con historiadores, arqueólogos, biólogos, forenses, sociólogos, etc., a pensar conjuntamente acerca de los procesos de transformación de las sociedades humanas, los artículos publicados en este número de la revista *Claruscuro* constituyen un excelente ejemplo del potencial con que el antiguo Egipto puede contribuir a la definición de las ciencias sociales del futuro.

Espinosa de los Monteros, 17 Julio 2020